

QUE SEA UN HOMBRE

1- LA CARIDAD Y LA RESPONSABILIDAD

Para ser santos hay que ser hombres completos

Hay un principio teológico importantísimo en el cual se apoya todo el edificio doctrinal de Santo Tomás de Aquino¹, que reza así: «*la gracia no destruye la naturaleza sino que la perfecciona*»; o dicho de otro modo «*la gracia supone la naturaleza*».

Aplicado puntualmente esto a la santidad, podemos citar a Chesterton: «***todo santo es hombre antes que santo***, y *santo puede llegar a serlo cualquier hombre*», y también al P. Hurtado, quien titula estos párrafos sobre la santidad con un «*Que sea un hombre*»:

Un santo es imposible si no es un hombre; no digo un genio, pero un hombre completo dentro de sus propias dimensiones. Hay tan pocos hombres completos. Los profesores nos preocupamos tan poco de formarlos; y pocos toman en serio el llegar a serlo.

Entre los funcionarios, los maestros, los eclesiásticos... hay tan pocos que me dan la idea de 'un hombre'. Más los hay entre la gente sencilla, obreros, campesinos; también entre los ingenieros, dirigentes de sindicato...².

Si aspiramos a la santidad, por tanto, deberemos tender a poseer ciertas características propias de un hombre (cuando hablamos de "hombre", por supuesto que estamos entendiendo un ser humano, ya varón, ya mujer); ciertas características que hacen del hombre una persona "normal" y que el P. Hurtado llama "completo".

Con esta base, muy libremente, voy a dar algunas características sobre la santidad, que pueden ayudarnos a tener una idea más acabada de aquello a lo que estamos aspirando.

La caridad

Digamos primero que así como no se puede correr sin primero aprender a caminar, para aspirar a los altos grados de la vida espiritual, hay que procurar con ahínco que no se falle en las cosas –podríamos decir, más "básicas"– como la caridad que es la reina de todas las virtudes.

Pongamos un ejemplo: es imposible tender a la unión con Dios si no hago todo lo que esté de mi parte –aunque cueste– para tratar con caridad a los demás: caridad que incluye

¹ «Todo el edificio doctrinal del Aquinate se apoya en el áureo principio, enunciado por él ya en las primeras páginas de la Summa Theologiae, según el cual la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona, y por su parte la naturaleza se subordina a la gracia, la razón a la fe y el amor humano a la caridad». PABLO VI, *Carta Lumen Ecclesiae, en el VII centenario de la muerte de Santo Tomás de Aquino*, n. 8.

² SAN ALBERTO HURTADO, *La búsqueda de Dios*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 2005², p. 42.

el buen trato, la misericordia en los juicios, la no-murmuración, etc., etc., cosas tan básicas como necesarias.

En definitiva: «*quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve*» (1Jn 4,20). Este conocido versículo es un buen termómetro como para saber con mucha precisión si de hecho, estamos amando a Dios.

La caridad, que siempre va unida a la humildad, no puede suplirse con nada, ni siquiera –por más importancia que tenga– con la oración:

Piengan con engañado juicio, que quien más dulcedumbre y más horas de oración tiene, aquél es más santo; **como en la verdad aquel lo sea, que con profundo desprecio de sí, tiene mayor caridad**, en la cual consiste la perfección de la vida cristiana y el cumplimiento de toda la Ley.³ (San Juan de Ávila)

San Ignacio, para cuidar que no se piense que la oración hace las cosas de suyo, cuando le decían que era hombre de mucha oración corregía “es muy mortificado”.

En una oportunidad el padre Nadal dijo que los jesuitas en España tenían cierto complejo porque las otras órdenes rezaban más, y San Ignacio se enfadó y le contestó «con quince minutos de oración a un hombre mortificado le alcanza para unirse con Dios». Es muy fuerte la importancia que le da a la mortificación. Y ¿qué significa mortificarse? Significa morir a los desórdenes que nos impiden vivir la caridad.

Aplicación concreta y más que precisa del «Principio y fundamento», en cuanto no veía claro que podría servir el escribir para mayor gloria de Dios y bien de las almas de sus seres queridos: no había otra cosa que moviera la voluntad de Ignacio... Y ahora sí, desarrolla la tesis que acaba de anunciar: «Porque es así verdad: tanto puedo en esta vida amar a persona, cuanto en servicio y alabanza de Dios N.S. se ayuda, porque no ama a Dios de todo corazón, quien ama algo por sí mismo y no por Dios».⁴

La responsabilidad: la cruz de lo cotidiano

Cumplir con lo que me toca. Cumplir el deber de estado porque es Voluntad de Dios.

La irresponsabilidad o falta de seriedad en los asuntos que nos atañen, hablan a las claras de la falta de seriedad de nuestra vida espiritual. Como padres, madres, esposos/as, trabajadores, estudiantes, miembros de un grupo parroquial, sacerdotes, párrocos, religiosos/as, etc., todos tenemos responsabilidades muy claras que cumplir, sin las cuales no podemos santificarnos. Incluso, al menos en algunos momentos de la vida, podría venirnos bien tomar la misma existencia como un deber; como decía una escritora austríaca: «*Si consideramos la existencia un deber, conseguiremos soportarla*».⁵

³ SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi Filia*, cap. 76.

⁴ San Ignacio de Loyola citado por el P. GUSTAVO LOMBARDO, *Peregrinando a la Santidad*, 24 de agosto.

⁵ MARIE VON EBNER-ESCHENBACH, citado por ELISABETH LUKAS; *Ganar y perder, La logoterapia y los vínculos emocionales*, Paidós, Barcelona³, p. 12.

Antiguamente, para probar la heroicidad de las virtudes de una persona en orden a elevarla al honor de los altares, se las recorría una por una mostrando hechos apropiados de su vida. Trabajo laborioso y difícil. Actualmente el procedimiento ha progresado y consiste en demostrar que esa persona cumplió su deber cotidiano con perfección y constancia, y que, de esta manera conformó plenamente su voluntad con la voluntad divina, en lo cual consiste la genuina santidad.

Santificate ahí: Dios no te arranca de tu ambiente, no te remueve del mundo, ni de tu estado, ni de tus ambiciones humanas nobles, ni de tu trabajo profesional... pero, ahí, ¡te quiere santo!⁶ **(San José M. Escrivá de Balaguer)**

Sabiendo incluso que a veces el deber de estado puede hasta quitar el tiempo de oración, pero con el activismo reinante, hay que tener cuidado de entender bien esto.

Y también conviene avisar, que hay algunas personas tan ocupadas en cosas exteriores, que no se pueden dar, a lo menos con espacio, a ejercicios interiores, por lo cual reciben desconsolación y desabrimiento. Los cuales, si no pueden lícitamente dejar las tales ocupaciones, deben contentarse con el estado que el Señor les dio, y con diligencia y alegría cumplir con su obligación, y esforzarse lo que pudieren a tener presente a nuestro Señor, por cuyo amor hagan sus obras.⁷ **(San Juan de Ávila)**

Por eso, «*Cobrad ánimos y cumplid exactamente vuestros deberes, que el Señor os colmará de bienes*». **(2Cro 19,11)**

La pasión, nuestra pasión, la esperamos, es cierto; sabemos que ha de llegar y hemos acordado que nos proponemos vivirla con cierta grandeza. Esperamos que llegue la hora de nuestro propio sacrificio. Como un leño en la hoguera, sabemos que debemos ser consumidos. Como una hebra de lana cortada con tijeras, debemos ser separados. Como un ser joven al que se degüella, debemos ser suprimidos. Esperamos la pasión; la esperamos, y no acaba de llegar. Lo que llega son las paciencias. Las paciencias, esos fragmentos de pasión, cuyo oficio es matarnos muy dulcemente por tu Gloria, matarnos sin nuestra gloria. Desde por la mañana, vienen a nuestro encuentro: Son nuestros nervios demasiado tensos o demasiado lánguidos; es el autobús que pasa lleno, la leche que se hierva y derrama, los deshollinadores que llegan, los niños que todo lo enredan; son los invitados que trae nuestro marido, y ese amigo que no viene; es el teléfono que no para, los que amamos que ya no nos aman; son las ganas de callar y la obligación de hablar; son las ganas de hablar y la necesidad de callar; es querer salir cuando estamos encerrados, y quedarnos en casa cuando tenemos que salir; es el marido en quien nos gustaría apoyarnos y que es el más frágil de los niños; es el hastío de nuestra ración cotidiana, y el deseo nervioso de todo lo que no es nuestro. Así llegan nuestras paciencias, en formación o en fila india, y siempre olvidan decirnos que son el martirio que nos fue preparado.⁸

¡Ave María y adelante!

⁶ SAN JOSÉ M. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Forja* n. 362.

⁷ SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi Filia*, cap. 81.

⁸ Madelaine Delbrel.